

ALMANAQUE POÉTICO.

LA DANZA DE LOS MUERTOS.

BALADA FANTÁSTICA.

(Imitación de Goethe.)

Cual lámpara funeral
brilla en el cielo la luna,
y de un triste cementerio
refleja sobre las tumbas.

Un enterrador contempla
aquella escena tan muda,
y ve que de pronto se abren
las marmóreas sepulturas.

De ella ve que se levantan
los muertos que las ocupan,
y del tétrico recinto
por los ámbitos pululan,

Solo podridas mortajas,
llevando por vestiduras;
aquí se agrupan los muertos,
allá, las muertas se agrupan.

Todos á un tiempo se agitan
con infernal barahunda,
y con estrépito horrible
danzan como locas furias.

El fiero huracán que sopla,
les quita sus vestiduras,
mas no impúdicos por eso
para cubrirse las buscan.

Las mortajas van volando
cual si fuesen leves plumas,
hasta que al cabo se páran
sobre las heladas tumbas.

El enterrador inmóvil
las contempla y no se asusta,

cuando á tentarle el demonio
se le acerca con mesura.

«Ponte, le dice al oído,
una de esas vestiduras,
y volarás por el aire
cual los duendes y las brujas.»

Él, una cogiendo al punto,
echa á volar por la altura,
y al descender se halla fuera
de la mansión de las tumbas.

Cual lámpara funeral
brilla en el cielo la luna,
que la danza de los muertos
con pálida luz alumbraba.

Y revueltos corren, vuelan,
bajan, suben, páran, cruzan,
hasta que al fin fatigados
todos ligeros se ocultan.

Todos, todos en las fosas
se esconden con gran premura,
menos uno que no encuentra
su podrida vestidura.

Hallarla con ansia espera;
nicho por nicho la busca:
y en esto percibe un ruido
que no muy lejos se escucha.

Y se dirige á la puerta
de la mansión de las tumbas;
puerta que romper pretende,
puerta que con rabia empuja.

Mas no consigue moverla,
pues á más de que es muy dura
la puerta del cementerio,
con la santa cruz se escuda.

Tras de ella el sepulturero
libre se halla, por ventura...
pero no, que el muerto salta
pronto las tapias con furia.

Al enterrador sujeta
del brazo con fuerza ruda,
y tiembla el infortunado
leno de mortal angustia.

¡Ay! que las carnes le rasgan
con sus afiladas uñas,
y siente que la existencia
le roba la muerte cruda.

Mas oyendo de improviso
que un reloj toca la una,
el muerto deja su presa
y en su sepulcro se oculta.

Cual lámpara funeral
brilla entre tanto la luna,
y del triste cementerio
refleja sobre las tumbas.

JOSÉ F. SAN MARTÍN Y AGUIRRE.

LA ROSA ENVANECIDA.

Apólogo.

Pagada de su hermesura,
una rosa muy hermosa,
«Yo soy una hermosa rosa»
dijo á un montón de basura.
El cual respondióle:—«Oh, sí,
No es el negarlo prudente.
Mas contesta francamente:
¿Qué fueras, rosa, sin mí?»

CARMELO NAVARRO.

TAL PARA CUAL.

El honor cuanto es mayor
si mirar á otro respeto,
se ha de conservar perfecto
tan solo porque es honor.

CALDERÓN.

I.

Tarde azul, tarde serena,
en músicas y cantares
volando el aire resuena
las horas que el pueblo llena
los sotos del Manzanares.

Y al rostro el manto ligero
y la saya guarnecida,
damas de rostro hechicero
bajan en Julio al Vivero,
y al Parque y á la Florida.

Y allí entre las enramadas
los vientos murmuradores,
de galanes y tapadas
publican las ignoradas
dulces querellas de amores.

II.

Oculto entre la espesura,
intranquilo y recatado,
doncel de noble apostura,
quizá de amante aventura
espera el momento ansiado.

Triste, inquieta, silenciosa,
como las auras ligera,
cual la noche misteriosa,
tapada gentil y hermosa
va del río á la ribera.

Y por la sombra engañada
hasta el galán escondido
llegó alegre y confiada,
y así el vulgo ha referido
lo que pasó en la enramada.

III.

—¿Quién va? gritó el embozado.
—Quien busca, dijo la dama
con el acento alterado.
—¿Y quién busca?

—¿A quién?

—Quien bien ama.

—A quien es amado.

—Su nombre.

—¿Sabeis el mío?

—Tal vez, si sois la que espero.

—¿Luego esperais en el río?

—A la dama por quien muero.

—Yo al imán de mi albedrío.

—Descubrid.

—Bajad el manto.

—Los dos á un tiempo ha de ser
si á los dos importa tanto.

—¡Mi esposo! ¡Válgame el santo!

—¡Dios me valga! ¡Mi mujer!

IV.

Manzanares que murmuras
de tus arenas corrido,
publica las aventuras
de que en las noches oscuras
tercero obligado has sido.

Y sepamos la querrela
de la dama y del doncel,
cuando los hizo su estrella
de su agravio juez á ella
y juez de su agravio á él.

Aunque tal vez cada cual
ahogó de su ofensa el grito,
porque siempre acierta mal
á juzgar al criminal
el reo de igual delito.

JUAN ANTONIO VIEDMA.

AUSENCIAS.

Romance.

«Cuando de ténues reflejos
 los campos el sol matiza,
 y á las ramas de los árboles
 van las aves en huida,
 y el vientecillo apacible
 del lago las ondas riza,
 y embalsaman el ambiente
 las pintadas floreccillas,
 que cierran sus puros cálices
 despidiéndose del día;
 cuando entre sombras la tarde
 por las montañas declina,
 viene á mí el dulce recuerdo
 de las horas fugitivas
 en que tu voz, más preciada
 que las tiernas melodías
 de alondras y ruiseñores,
 lleno de placer oía,
 en que extasiado miraba
 tu rostro de hurí divina,
 y tu airoso y suelto talle
 como la palmera altiva.
 Este recuerdo me llena
 de dulce melancolía,
 ¡que son las tiernas memorias
 de consuelo fuente rica.»
 Así, de su amada ausente,
 un triste amante decía.

ANGEL AVILÉS.

LETRILLA.

Conozco á cierta
 doña Bibiana,
 que á todo el mundo
 le pone faltas,
 y testimonios
 falsos levanta:
 que curioseá,
 que pide y saca,
 que por dos cuartos
 es la arrastrada
 capaz de todas
 las cosas malas;
 y en fin, que presta
 solo por lástima
 á real por duro
 cada semana...
 y aun la maldita,
 siendo tan maula,
 dice que es una
 señora honrada...

*Cada uno entiende,
 la cosa es clara,
 por honra, aquello
 que le da gana.*

Un personaje,
 cuya importancia
 sus conocidos
 exageraban,
 que en la política
 mangoneaba
 cuando eran otros
 los que mandaban;
 que tiene cruces,
 dinero y fama,
 por un empleo,
 por una plaza,
 por un pedazo
 de la pitanza
 que otros se comen
 y el pueblo paga,
 se ha resellado
 con mucha gracia;
 y oíreis un día
 cuanto nos habla
 de honra política
 limpia y sin mancha,
 de consecuencia
 y otras cosazas,
 que son tan solo
 buenas palabras.

*Cada uno entiende,
 la cosa es clara,
 por honra, aquello
 que le da gana.*

Tiene don Lucas
 mujer muy guapa,
 y hay un Adonis
 que es una alhaja,
 que la persigue,
 la escribe cartas,
 y está en la esquina
 por la mañana,
 y habla al portero,
 y á la criada,
 y á la niñera,
 y al que echa el agua;
 y si á su lado
 don Lucas pasa,
 le pone el necio
 muy mala cara,
 y en el teatro,
 si va la dama
 con su marido
 como Dios manda,
 al lado de ella
 toma butaca,
 para decirla
 cuatro bobadas;
 y si don Lucas
 al fin se cansa
 y al fin le arima
 dos befetadas,
 hay que batirse,
 romperse el alma,
 y aquel imbécil
 así se iguala
 con quien es una
 persona honrada.

*Cada uno entiende,
 la cosa es clara,
 por honra, aquello
 que le da gana.*

Conozco un mozo
 que triunfa y gasta,
 tiene berlina,
 cochera y cuadra,
 va á los teatros,
 juega, viaja
 y fuma brevas
 de las más caras,
 y dice amores
 á las casadas,
 y á las solteras
 quiere engañarlas;
 busca dinero,
 siempre lo halla,
 y cuando alguno
 llega á su casa
 con una cuenta
 para cobrarla,
 le pone como
 ropa de Pascua;
 todo lo debe
 y á nadie paga,
 y muy ufano
 se da importancia
 entre las gentes
 que son honradas,
 como que en honra,
 según proclama,
 nadie en el mundo
 le echa la pata;
 como que dice
 con mucha calma
 que donde el ojo
 pone la bala...

*Cada uno entiende,
 la cosa es clara,
 por honra, aquello
 que le da gana.*

El que pan vende
 con muchas faltas;
 el usurero
 que las entrañas
 saca al pobrete
 que va á su casa;
 la que tan solo
 para andar maja
 hace unas cosas
 que hay que callarlas;
 el maridito
 que busca gangas;
 la casadita
 que por ahí anda
 mientras su esposo,
 que es un buen mándria,
 con los chiquillos
 se queda en casa;
 los que en el juego
 muertos levantan;
 los que van siempre

con la navaja;
 los que son vagos
 y no trabajan...
 todos muy serios
 de su honra hablan;
 y esto es, que en esta
 comedia humana,
 cada uno entiende,
 la cosa es clara,
 por honra, aquello
 que le da gana.

C. FRONTAURA.

LA BUENAVENTURA.

Á S. ALVAREZ BUGALLAL.

«Gitanilla de negros cabellos,
 que enredando las almas en ellos
 recorres la Villa
 quitando pesares;
 á la de ojos rasgados y bellos
 que amo yo, vé á decir, gitanilla,
 tus dulces cantares.
 La dirás que te muestre su mano;
 y si tu arte no invocas en vano,
 sorprende, gitana,
 sus sueños de amores;
 adivina hasta el último arcano;
 dime, maga, el galán que mañana
 tendrás sus favores.
 Y al decirla la buenaventura,
 peregrina, sin miedo asegura
 que mi alma la adora,
 que muero por ella;
 porque no hay en la Villa hermosura,
 ni en la vega gentil labradora
 más pura, más bella.
 Una tarde la ví en el Sotillo,
 porque audaz la llevé el rebocillo
 la brisa ligera
 que mece las flores;
 cautivóme su encanto sencillo;
 desde entónces, vá un año, hechicera,
 que muero de amores.
 Desde entónces, aún de ella distante,
 cual la tórtola ausente á su amante
 mi pecho la envía
 su tímida queja;
 desde entónces, por verla un instante,
 muchas noches sorprendeme el día
 cantando á su reja.»

Repicó la gitana el pandero,
 sonrióse, y un aire ligero
 cantó maliciosa
 con gracia y soltura.
 A otro día vendió al caballero
 los secretos de amor de su hermosa,
 la Buenaventura.

JUAN ANTONIO VIEDMA.

EL DIA NUBLADO.

Sombrio está el firmamento; ni una ráfaga de viento mueve las hojas del árbol que se columpiaba ayer... Ni un eco hiere mi oído... ni un ¡ay! del dolor nacido... ni un suspiro de placer.

Ni el más pálido rielo nos manda el sol desde el cielo: por todas partes la tierra velada en sombras está... ¿Por qué el sol vela su llama? ¿Por qué el huracán no brama, ó el trueno no rompe ya?

Parece el mundo una tumba... Mas, no... que aquí no retumba, ni un eco de la esperanza, ni del recuerdo que huyó... Reflejo de mi conciencia, le cubre una indiferencia como la que siento yo.

Da miedo esta vida inerte: ¿estar viviendo en la muerte como materia insensible que arrojada á un valle fué!... ¿Qué es, de este modo, la vida? ¡Es, ¡ay! cual hoja caída de un árbol lozano al pié!

Y en medio de esta honda calma entre sollozos el alma, su vivo impulso contiene y abate su frenesí... ¡Oh! ¡Fatal, impía suerte!... ¡A la vida ó á la muerte, salgamos pronto de aquí!...

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

ENTRE DOS LUCES.

I.

Cañida la sien de flores, que con su perfume suave, embalsaman el ambiente aromas prestando al aire; jugueteando con las olas, que besan la playa amantes, con mil murmullos de amores sonríe hermosa la tarde.

En el cárdeno horizonte se dibujan en cambiantes del sol, los rayos postreros

que en el éter se deshacen; y el crepúsculo dudoso, con su pálido ropaje, lentamente desvanece la luz y el espacio invade.

Las blandas quejas de amores, que en misterioso lenguaje el Océano murmura á las auras inconstantes, adurmiéndose en la atmósfera ó en sus senos apagándose, dulces contentan el alma con su armonía suave.

Las florecillas del prado, esconden dentro del cáliz, de sus rizadas corolas los pétalos al plegarse; y enchido el aire de aromas, y en los ecos despertándose las celestes melodías de misteriosos cantares, con aromas y murmullos, con sus flores y sus aves despide al risueño día la melancólica tarde.

II.

Por entre las arboledas rápido avanza el carruaje, que nos conduce al retiro, término de mi viaje.

Sobre mí de tus vestidos los airosos pliegues caen, y siento de su torneado cuerpo, el dulce calor suave.

A veces hasta mi boca un rizo perdido trae, de sus sedosos cabellos con su dulce soplo el aire; y cuando torna á su sitio se mancha el bucle llevándose un beso ardiente y callado en sus hebras espirales.

¡DE PRISA!

No sé como tanto júbilo puede caber en mi alma, sin que la razón vacile como ante el viento la llama.

¡Voy á mirarme en tus ojos después de ausencia tan larga! ¡Voy á tenerte en mis brazos dulcemente aprisionada!

¡Qué despacio corre el tiempo! ¡Qué lentamente el tren marcha, del vapor la fuerza abulta la loca soberbia humana; y á mi deseo parece, su velocidad escasa;

pues ambiciono una fuerza como el pensamiento rápida, para salvar el camino que de tu lado me aparta.

Á UN RUISEÑOR.

Si mi paso detengo, no imagines, canoro ruiseñor, que me páro á escuchar embelesado tu amorosa canción. Me placen tus dulcísimos gorgoros, agrádame tu voz y tus sentidos y armoniosos cantos, que rebosan amor. Pero si me detengo, no es á oírte, canoro ruiseñor, que un canto más suave que los tuyos suena en mi corazón.

ENRIQUE FERNANDEZ ITURRALDE.

ANTE LA TUMBA DEL GRAN CAPITAN. (1)

A mi querido amigo D. Eduardo Suarez.

Todo tu aliento dale, pecho mío, el ardor inmortal que en ti se encierra al polvo angusto que ese mármol frío bajo su eterna pesadumbre cierra; en él reviva el indomable brio, la llama abrasadora de la guerra: alza, Gonzalo, y hasta Dios levanta el sacro nùmen que tus lauros canta.

Mira el rayo surgir de la victoria; cual su carro crugiente se despeña; la sonrisa inefable de la gloria, que allá en el cielo con tu nombre sueña; el orgullo francés tornado escoria, al afrontar tu inmarcesible enseña; cual ruje de Castilla los leones del feráz Garellana en las regiones.

De sonante aguilon el rudo empuje, el furor de la mar, que hirviente brama; el voraz seno del volcán que muje, y fuego y luto por do quier derrama; la atroz mirada del león que ruje; del rayo impío la siniestra llama... menos pavor infunden, menos miedo que al franco audaz el español denuedo.

Se devoran allí vivientes olas; tendió la muerte fulminantes alas; lo anonadan las haces españolas todo, al fragor de las ardientes balas: cíneles, gloria cara, tus aureolas, al tender de la cumbre tus escalas; ¡ya pasmada al mirar su heroica suerte, cesó en su furia la sangrienta muerte!

(1) Fué inspirada esta composición en Granada, en el templo de San Jerónimo, donde las cenizas del héroe reposaban antes de la creación del Panteón Nacional.

Huye temblando, el águila altanera; á los Alpes llegó, y, en raudó giro, al sentir su baldou, su saña fiera aplacar no podrá ronco suspiro; en su dolor mil muertes prefiriera á tu frente mirar cual yo la miro, Gonzalo; á ver la espléndida corona que á cielo y tierra tu valor pregona.

A la Alhambra gentil, y á la ancha vega, do eterno imperio primavera alcanza, la fama altiva de tus hechos llega tan veloz como el bote de tu lanza; Genil ufano su esplendor desplega, el manto que le diera la esperanza, y España, Italia, con ferviente anhelo; tu gloria miran en su hermoso cielo.

Yo vi una luz que al sol oscurecía, en un mundo de mágica hermosura; ¡qué ardor! ¡qué mundo! El alma se extasia, al bañarla do quier su lumbre pura. No fué ilusión de ardiente fantasía, ni vago sueño de ideal ventura: es tu génio, Gonzalo, tu alta gloria, tu nombra claro, tu eternal memoria.

¡Perdon, Dios mío, si en tu templo santo, si ante el ara sublime de tu asienio, enmudece mi voz, vierte mi llanto un profano aunque grande sentimiento! ¡Oh gloria, dulce gloria, te amo tanto que tu amor es mi solo pensamiento; que me arrojará á unantro de dolores por una sola de tus bellas flores!

¿Qué digo? ... ¿Qué escuché? ... Rasgóse el velo que impalpable su tímulo cubriera, y una imágen divina de consuelo vierte en mi sér sonrisa placentera. ¿Qué belleza! ¿Bajó á una tumba el cielo? ¿Qué busca aquí deidad tan hechicera? ¿Bajar te dignas á la voz de un hombre, bendita aparición? ¿Cual es tu nombre?

De querúb el mirar, de Dios la frente, de modestia la túnica flotante, que del seno cubrió la nieve ardiente; sol su cabello, puro sol radiante; flor que en el alma suspirar se siente, perfume embriagador vertiendo amante; vaga forma, en que el génio se reclina; rayo que Dios de humana sien fulmina.

¡Gloria, gloria... ¡eres tú!... ¿En tu lumbre pura mi alma triste estática se baña? ¿Ante una tumba estoy y allá en la altura? ¡Ah! sí... ¡Es verdad! ¡El cielo nunca engaña! Esa luz es la mágica hermosura que el paso guía de la heroica España; es el valor, el génio sobrehumano; es Lepanto, Pavía y Garellano.

Allá... miradle ¡qué esplendor fecundo! ¡qué magestad sublime! ¡qué existencia de amor sin fenecer! ¡Qué digno mundo para reverenciar la Omnipotencia! ¡Qué deleite santísimo y profundo, al mirarse en la cética eminencia! ¡Génio, dále á mi mente tu mirada para salvar la sima de la nada!

Estréchale en tus brazos, patria mía, que al mirarle tan grande y magestuoso, no el dolor, la aventura, la alegría inunden siempre tu semblante hermoso. Ven, Gonzalo, más voz, más armonía; mi corazón ¡cual late presuroso! ¡Oh! ¡que este humilde acento no sucumba, pues mi llanto besó tu sacra tumba!

LUCIANO GARCÍA DEL REAL

EDADES DEL AMOR.

I.

A los quince años.

Eres áura suave,
grato delirio,
la luz que me ilumina,
mi aliento mismo:
vago deseo,
realidad impalpable,
místico sueño.

II.

A los veinte.

La luz del alborada
se desvanece,
y el sol asoma luego
por el Oriente:
y así en el alma
sol es el amor mio,
no luz del alba.

III.

A los veinticinco.

Ni vivo siempre ansiando
verte y hablarte,
ni muero á no tenerte
siempre delante:
sí, gozo al verte,
mas no es mucha mi pena
si estás ausente.

IV.

A los treinta.

No amores, no ilusiones,
mi pecho agitan;
la juvenil hoguera
quedó extinguida;
pavesas solo
quedan, que aviva á veces
fugaz un soplo.

V.

A los cuarenta.

Es fuente sin cristales,
prado sin yerba,
lucero sin fulgores,
cielo con nieblas;
luz sin cambiantes,
bosque sin pajarillos
y sin follaje.

VI.

A los...

Pasan años tras años,
que el pecho enfrian,
y amorcillos alados
en él no anidan:
pues es sabido
que amor para ser grande
quiere ser niño.

J. MONREAL.

CANTARES.

El lujo de esa pobre
ya no me estraña;
para vestir el cuerpo
desnuda el alma.

La casa de mi vecino
dos puertas tiene á dos calles;
cuando el hambre entra por una,
por otra la virtud sale.

Donde jurabas amarme
ya pueden, falsa, poner:
«Aquí mataron á un hombre;
¡rogad al cielo por él!»

Tus ojos copian el día:
entornados, amanece;
¿los abres?... el sol deslumbra;
¿los cierras?... la noche viene.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

A BUEN HAMBRE...

Proverbio.

—Vamos, hija, es necesario
que salgamos del apuro;
tú tienes ya veinticinco
y no hay que pensarlo mucho.
La mujer debo casarse,
es su mision en el mundo,
y pues no te faltan novios
preciso es pescar á alguno.
Dieguito...

—No me acomoda,
tiene los ojos de buho.
—Pero es honrado.

—No importa.
Cuando me mira me asusto.
—¿Don Juan?

—Su nariz es larga,
y luego es muy cejijunto.
—Julian...

—No me hable usted de ese,
de su insistencia me aburro;

pensar en ser mi marido
un hombre que es como un uso;
un hombre flaco no es hombre.
—¿Y qué me dices de Rufo
tu primo?

—Buena cabeza,
pero está llena de humo.
—No puedes hablar lo mismo
del marqués.

—Con sus discursos
de política y hacienda
me hace dormir; aseguro
que la que con él se case
hará un matrimonio absurdo.
—Válgame Dios, hija mia,
qué delicado es tu gusto.
¿Y Nicolás?

—Es muy bajo.
—¿Y Juan?

—Parece de estuco.
—¿Y Telesforo?

—Es muy alto.
—¿Y Celedonio?

—Es muy rudo.
—Entonces todos iguales;
¿ninguno aceptas?

—Ninguno.
El que me llame su esposa
será en maridos el *sumum*.

Así se explicó Lucía,
y su madre, al ver sus humos,
la dejó vivir soltera
por no causarle disgusto.

Diez años despues Lucía
estaba sola en el mundo,
y las primeras arrugas
surcaban su rostro adusto.

Los pretendientes se fueron,
y hallándose en este apuro
la hizo el amor don Torcuato.
Sin andarse en más repulgos,
al ver el caso apurado,
perdió Lucía el *buen gusto*,
y aunque era el novio más feo
que todos los feos juntos,
viejo, con pelo encarnado,
nariz aplastada, enjuto
de carnes, piernas torcidas,
alto, los ojos de buho,
perorador, casquivano,
con entrecejo y muy rudo,
se casó con él, y gracias,
que á buen hambre no hay pan duro.

JULIO NOMBELA.

SEGUIDILLAS.

Dicen que amor es fuego
que arde en el alma
y el soplo de la ausencia,
llega y le apaga.

Papel y pluma,
cuidan de que ese fuego
no muera nunca.

—
Antes de ver tu imagen
te conocia,
que el pincel de mi mente
te dió la vida.

Y hoy que te tengo
conozco que mi obra
no ha sido un sueño.

—
Amor pintan los hombres,
amor que encanta,
mas viene al fin un día
que este se acaba.
¡Amor de madre!
¡Que los demás amores
son humo y aire!

ISABEL DE VILLAMARTIN.

EL ARCO IRIS.

Fábula.

Desde un elevado monte
vió un niño en el verde prado,
del iris resplandeciente
los multicolores rayos,
y no contento con verlo
queriendo el niño tocarlo,
desde lo alto de la cima
bajó presuroso al llano.
Pero cuanto más bajaba
el iris iba menguando
sus engañosos reflejos,
y el niño tocó el engaño,
pues vió su luz disipada
cual humo inconstante y vano.

—
Este ejemplo nos enseña
que en el mundo en que habitamos,
quien ve de lejos la dicha
ve cerca el pesar y el llanto.

RICARDO ZAMACOIS.

SENTIMIENTOS.

«Duérmete, niña, duerme,»
canta la madre,
sin ver que en su regazo
tiene un cadáver.
Al fin la mira
y murmura en voz baja:
«Ya está dormida.»

—
No es que duerme, le dicen,
sino que ha muerto;
y ello entonces exclama
con ronco acento:

«¡Muerta mi hijal
¡pues cómo ha de estar muerta
si estoy yo viva!»

Bajo una mesa de juego
y sobre un charco de vino,
cantando canciones torpes
se hallaba un bulto tendido:
á unos que de él se reían
¿qué es eso? les pregunté,
me dijeron que era un hombre
y no lo quise creer.

Doblan las campanas con son funerario,
doblan las campanas en el campanario;
quizás pronto doblen con triste concierto...
¡y yo estaré muerto!

Cuando por mí doblen, quizás en un día
de sol esplendente, de paz y alegría,
irá el hortelano cantando á su huerto...
¡y yo estaré muerto!

Irá el caminante por bosques de pinos,
por largas veredas, por largos caminos,
verá el navegante de lejos el puerto...
¡y yo estaré muerto!

Bullirá la gente por plazas y calles,
volarán las aves por montes y valles,
correrá el arroyo de flores cubierto...
¡y yo estaré muerto!

Irán los soldados, irán á la guerra,
y los misioneros cruzando la tierra,
y las carabanas cruzando el desierto...
¡y yo estaré muerto!

Cuando por mí doblen con son funerario
cuando por mí doblen en el campanario,
si al abrir la fosa hallo el cielo abierto...
¡ya no estaré muerto!

JULIO ALARCON.

LA FRENTE.

Soneto.

Claro fanal del pensamiento humano,
arca de los tesoros de la ciencia,
espejo do revela la conciencia
de sus misterios el oculto arcano:
noble, respeto alcanzas al anciano,
pura, inspiras amor á la inocencia,
y descubres, radiante, la existencia
del genio omnipotente soberano.

En tí la tierna madre el beso imprime
que al hijo de su amor brinda ventura;
solo el laurel espléndido te oprime
cuando una gloria más al orbe augura;
y en tu seno grandioso has concebido
cuanto del mundo admiracion ha sido.

JULIO NOMBELA.

ALMANAQUE POLÍTICO.

I.

LA REVOLUCION DE SETIEMBRE

Y EL GOBIERNO PROVISIONAL.

Desde que á la muerte de D. Ramon María Narvaez se formó el ministerio presidido por D. Luis Gonzalez Brabo, todo el mundo comprendió que la revolucion y la caída de doña Isabel de Borbon eran inminentes.

Los partidos progresista y democrático, que habian hecho varias intentonas con éxito desgraciado, coaligándose con la union liberal, á quien su larga permanencia en el mando habia dado influencia en el ejército, y que al mismo tiempo inspiraba confianza á los elementos conservadores, aseguraron su victoria.

Los unionistas, resentidos con doña Isabel de Borbon por haber ésta provocado la crisis que dió por resultado la caída del último gabinete O'Donnell á los doce días de haber este caudillo salvado su trono, seriamente amenazado por la insurreccion militar del 22 de Junio, y por las persecuciones de que fueron objeto sus hombres más importantes con motivo de la exposicion que trataron de dirigirle por el hecho de haber infringido el ministerio Narvaez el precepto constitucional, que ordenaba que las Cortes se reunieran una vez cada año, entraron en la coalicion y pusieron al ser-

vicio de la causa revolucionaria los medios de que disponian.

Recelando Gonzalez Brabo lo que pasaba, ordenó la prision de los generales duque de la Torre, Dulce, Córdoba, Serrano Bedoya, Caballero de Rodas, Zabala, Echagüe y otros varios, no todos comprometidos en la empresa que ya hacia dias que se proyectaba; y tanto esto, como el haber dejado en libertad y en sus mandos á otros de los que verdaderamente estaban resueltos á tomar parte en el movimiento, prueba la inexactitud y vaguedad de las noticias ó presunciones que pudo tener el gobierno de los planes de los conjurados.

Desterrados á Canarias el duque de la Torre y los generales Dulce, Serrano Bedoya y Caballero de Rodas, y á diferentes puntos de la península sus compañeros, se hizo tambien extensiva la persecucion á los infantes duques de Montpensier, que fueron obligados á embarcarse en la fragata de guerra *Zaragoza*, la cual los condujo á Lisboa, donde al poner el pié en tierra se apresuraron á protestar de la arbitrariedad con que sin prueba alguna contra ellos se les extrañaba del reino.

La publicacion de una circular reservada á los gobernadores civiles y las medidas tomadas por el de Barcelona, concentrando la guardia civil de la provincia sin anuencia de la autoridad militar, dieron lugar á que el capitán general del Principado, señor marqués de Novaliches, suspendiera